

ma y podrida que pantano brasileño, y libre, gracias á las crecidas propinas con que huía de los "agentes" y de los hospitales que la reclamaban... ¡qué sé yo cuántas infamias más, cuántos alfilerazos envenenados! Lo que se necesitara para ahuyentar á los marchantes de paga, lo únicamente indispensable para interrumpir la perenne procesión de masculinos que no se has- tiaban de saborear y saborear los dudosos atrac- tivos de la aldeana ensoberbecida; lo bastante para bajarle los humos á ella y para trifurcar y multifurcar el chorro de pesos y de hombres que en la cama de Santa nada más, llovían. ¿No valían ellas otro tanto si no más?... ¿no eran todas igua- les, unas grandísimas...?

Hipólito hacíase cruces de no haber olido la confabulación á sus principios y prometiase ahora resarcir lo perdido contando á Santa lo mucho que ya el enemigo de sus armas mostra- ba y lo muchísimo que sin esfuerzo se adivinaba oculto.

A la noche siguiente, entrambos tenían que cambiarse una porción de confidencias: lo que Hipólito había descubierto: lo que Santa había arreglado en su cena con Rubio. Pusiéronse á charlar junto al piano, como antes, tocando él las viejas danzas, la "Bienvenida" de ella. Y al amoroso compás de las piezas compuestas en su honor, Santa rompió el fuego:

—Estamos arreglados, Hipo, me ha hecho Ru- bio propuestas espléndidas que ya acepté; y sal- vo que surgiera un contratiempo gordo, hoy so- mos martes... pasado mañana ó el sábado á más tardar estrenaré mi casa, con muebles y dos

criadas, en la 2.^a calle del Ayuntamiento ¿sabe Ud. dónde es?

Hipólito sabía dónde quedaban todas las calles de México y á regañadientes apechugaba con este segundo secuestro de Santa, porque aun prolongándose más que el de "El Jarameño",— que de fijo se prolongaría,—menos riesgo corría Santa que permaneciendo en la casa de Elvira. La idea lo desgarraba, pero el beso de la vispe- ra, con su dejo de bienaventuranza extraterrena, que paladeaba con solitaria y callada fruición, impedíale oponerse al mínimo designio de su idolo.

—Vaya Ud., Santita, le conviene; yo la aguar- do...

Sacrificábase! Que fuera ella donde su belleza soberana conduciála; que disfrutara de cuanto bueno hay en el mundo y que él ni remotamente podía darle; que se lo diera otro; que le dieran lo que se alcanza y obtiene con dinero, y cuando hostigada y desencantada Santa pidiese amor, ahí estaría él, ése sería su triunfo, cubrirla de amor, del que había venido aumentase y au- méntase dentro de su estropeada envoltura de ciego y de pobre. Confiaba en la profecía de la vispera; creía en el emplazamiento formulado por Santa; sí, algún día la suerte de los dos unciría- los á un propio yugo, para que reunidos conclu- yesen de tirar del pesado carro de miseria. Si, ese prometido "algún día" debía existir, debía ser; y Santa, entonces, indemnizariálo, después de padecer al lado de otros y por el ansia perpe- tua que nutrimos todos—los desgraciados mucho más,—de que nos toque nuestro día ¡siquiera

uno! en que probemos la dicha tras que se corre de la cuna al sepulcro. Ese día amanecería alguna vez. Hipólito, con sus ojos ciegos, mirábalo en lontananza, en el quimérico horizonte por el que esperamos que apunte la felicidad ambicionada... Ese día juntaríanse ambos á la vera de un camino sin iniquidades ni abrojos, un camino ancho, ancho, alumbrado de sol, sin amenazas y sin nubes; y amasando sus respectivos sufrimientos, asidos de las manos confiaríanse como si rezaran! todas las tristezas de sus vidas, todas las amarguras de su larga caminata al través del vicio y del pecado... Mostraríanse sus heridas mutuas, las que la existencia causa con sus asperezas, las que inspiran horror á los fariseos de la tierra; y con amante ósculo calmarían sus dolores recíprocos... Sí, ese día adveniría, y con su advenimiento ellos verían desvanecerse las penas antiguas, cerrarse las llagas de sus espíritus, evaporarse los llantos inconsolados, sus lágrimas de desesperanza... Se amarían, era fatal, era infalible y era misericordioso: todos aman, todo ama, hasta los insectos, hasta los seres más débiles y desgraciados ¡hasta el átomo! El mundo sólo puede existir por el amor; nacemos, porque se amaron nuestros padres; vivimos para amar; morimos, porque la tierra de que somos hechos, ama, codicia y há menester de nuestra materia...

Deliraba Hipólito diciendo estas cosas, junto al piano, como antes, tocando las danzas viejas, la "Bienvenida" de Santa...

Sí, ese día amanecería, tendría crepúsculos, saldría el sol entre nublazones de oro y se hun-

diría entre los ópalos de la tarde. ¿Qué importaba que el cuerpo de él fuese deforme y que el de ella se hallara marchito por todas las lascivias?... el amor hermosearía el cuerpo del hombre y limpiaría el cuerpo de la hembra; y ya redimidos, caminarían gozosos rumbo á la Sión de las almas, sin memoria por lo pasado, dejando la carne en las zarzas, para las fieras...

Hipólito deliraba, en voz baja; sus horribles ojos sin iris, con radiaciones luminosas abiertos desmesuradamente, clavados en la altura los globos opacos.

El mal no existía, el mal acabará, el mal acaba... Santa se bañaría en el Jordán del arrepentimiento y saldría más blanca que los armiños más blancos... Ya lo estaba, ya; ya no era una prostituta impenitente, ya él no era un ciego y un desdichado; ya estaban fuera del burdel, ya no había burdeles ¿qué quiere decir eso?... Ya había llegado el anunciado día, ya ellos hallábanse en el amplio camino de redención, libertos de la maldad infinita de la vida y de los hombres...

La brutal irrupción de un grupo de beodos de levita dió al traste con la quimera. Pedían á Santa en destemplado tono, abrazaban á las demás, reclamaban botellas y copas, exigían un valse, regaron pesos.

—Somos nosotros, muchachas, no hay que asustarse que venimos de paz, á divertirnos y á bailar. ¡Suénale al parche, profesor!

La parranda se armó ni mejor ni peor que la de todas las noches; cuatro ó cinco individuos de pergeño decente, conocidos de la casa y que exu-

daban una chispa sorda; tuteándose, bonachones, dispuestos á seguir bebiendo, á pernoctar quizá, y á no pararse en precios. De consiguierte, acogiéndose de buen talante y se les sirvió con prontitud y eficacia.

—A mí se me cansó el caballo!—declaró uno, dejándose caer en el sofá, muy pálido.

Y á la sazón, presentáronse dos nuevos visitantes, también vestidos con decencia, también conocidos de la casa y, sin duda, del grupo beodo, puesto que con alguien de los que lo componían se saludaron de mano y de apellido. Cerciorada Pepa de que la armonía no presentaba amagos de romperse, consintió de hecho en la fusión sin imaginar lo que iba á suceder. Nada hay más frecuente que esta clase de encuentros imprevistos, que se traducen en un gasto mayor de los bandos que se fusionan y en un mayor beneficio para el establecimiento.

¿A propósito de qué se inició el disgusto, si la reunión navegaba como en un mar de aceite? ¡Averigüelo quien pueda! El pretexto parecía radicar en que Santa,—que permaneció sentada en el sofá, cuando á su lado habíase dejado caer el de la metáfora del caballo cansado,—se levantó sin su venia á preguntar cualquier tontería á uno de los últimamente llegados. Desmán tamaño no lo consentía el ebrio, en su ebriedad impulsiva, y con descompuestos modales acercóse á Santa:

—Estando conmigo no le hablas á ningún "tal" porque yo no soy un chulo!—dijo y tiró de Santa por un brazo, con brusquedad.

—Y eso ¿por quién lo dice Ud.?—inquirió el interlocutor de Santa en moderada entonación y con ánimo de que retiraran el insulto.

Terció Santa, levantando la voz:

—Suelta, que me lastimas!... ¿qué te traes tú?... yo hablo con el que me dé la gana ¿sabes? ¿De cuándo acá eres mi dueño?

Afortunadamente que los otros, y Pepa en cuenta, se percataron del incidente; y mientras sus amigos forcejeaban con el agresivo,—Rodolfo, según lo llamaban,—Pepa y Santa convencian al pacífico de que no debía hacer caso de injurias de un borracho.

Por desgracia en estos medios, para ratificar los tratados de paz ó de guerra la única tinta que se emplea es el alcohol, el Enemigo de la especie, el que nos orilla á los precipicios y á las infamias. Se pidió de beber y se bebió; logróse que Rodolfo y el agredido chocaran las copas y se apretaran las manos; uno de los de la cuadrilla beoda, en vista del cese de las hostilidades, abrazado á una chica desapareció escaleras arriba. Rodolfo, siempre muy pálido, volvió á sentarse en el sofá, taciturno, hosco; reanudóse el bailoteo, y Santa, en consejo con Hipólito, determinó retirarse á su habitación, ¿qué hacia allí, en visperas de comprometerse á lo serio, expuesta á que la insultaran ó á sufrir un desagrado?...

El alcohol, en tanto, continuaba su obra callada, implacable, destructora; precipitábase en los estómagos, que se dilataban ó contraían para albergarlo; como un río de fuego, corría por las venas aumentando la circulación rítmica de la sangre; se evaporaba, y por dentro de los organismos, incontenible y arteramente, subía hasta los cerebros á los que iba envolviendo con si-

niestra tela sutil de animal ponzoñoso, una tela más espesa y más densa conforme en los estómagos caía más alcohol. A los comienzos de la excitación, colores de rosa, júbilos hiláricos é inmotivados, dicha de vivir, necesidad de amar; el corazón, de sepulturero alegre, enterrando penas y cuitas; el pensamiento, de providente partero, sacando á luz, rollizos y en la apariencia destinados á alentar siglos de siglos, los anhelos recónditos, lo que en la lógica de lo real se halla condenado á nunca nacer; imposibles realizables con ligero esfuerzo, ideales al alcance de la mano que principia á temblar. La vida sonríe, las mujeres nos esperan impacientes, los hombres nos quieren. El alcohol no es el Enemigo, es el Electuario; lo bendecimos, pedimos más.

La invasión continúa, el Enemigo adelanta. Pone en fuga las delicadezas que aún el más burdo y zafio consigo lleva; huye la vergüenza y huye el respeto de sí propio; no se pierde la noción del bien y del mal, —esa es perdurable! —pero se los confunde, se les disloca, un fatídico “¿qué me importa?” se sobrepone y de antemano nos absuelve por cuanto reprobado quera- mos ejecutar; la dignidad se estremece, pugna porque la fuga no se consume, defiende al individuo palmo á palmo...

El Enemigo adelanta, la invasión continúa, ya es casi la derrota. Tambalea la dignidad, quema sus cartuchos últimos, va á sucumbir... El invasor abrió las cárceles para engrosar sus filas, y los presidiarios, armados, salen de los presidios que la voluntad custodia herida y maltrecha, sin

energías ni resistencias... salen los instintos perversos, las levaduras de crimen, los legados y las herencias ancestrales, de los hombres de las cavernas, de nuestros antepasados delin- cuentes; salen todos los encadenados, lo que in- forma la mitad de nuestro sér y á las bestias nos equipara, los galeotes que guardamos aherra- jados en los calabozos de la conciencia, con los quebradizos hierros de la moral y del deber...

El Enemigo ha triunfado. El cerebro se ente- nebrece, la voluntad yace inmóvil, el discerni- miento se ausenta. Y los resultados son salvajes, primitivos, idénticos á los de todas las invasio- nes: se estupra, se asesina, se degrada, se ani- quila al débil, se desconoce la clemencia, se arrasa lo bello, se escarnece lo bueno, se despe- dazan los dioses lares, se escupen las canas, se viola á las vírgenes, se degüella á los niños... ondea la bandera roja, es el salto atrás, la edad pétrea; la inutilidad del esfuerzo y la esterilidad de los propósitos; un alcohólico de más y un hombre de menos. ¡Es el triunfo del Enemigo!

—Pues á mí me parece que se viste Ud. de un modo ridículo, don... ¿cómo me dijo Ud. que se llamaba?—baluceó Rodolfo, mirando con vidrioso mirar al que insultara hacia poco y que en busca de descanso había ido á sentarse á un sillón vecino.

—¿Decididamente quiere Ud. camorra?—de- mandó el juicioso, sin mucho juicio ya gracias á las copas bebidas.

—¿Con Ud. nó señor! yo peleo con hombres, no con...—replicó Rodolfo, recargando en la palabra soez.

Y fué obra de minutos. Primero, los insultos verbales que enardecen y lastiman más que los golpes que han de seguirlos. Después, la actitud de desafío: los reñidores en pie, estudiándose rápida y recíprocamente, en mudo balance de las fuerzas contrarias; las miradas de cada uno acerradas, frías, cruzándose como láminas de esgrimidores de espada, llenas de un aborrecimiento, de una tal necesidad de exterminio que asusta al mismo poseedor. Luego, la visión roja, el milenario impulso homicida, la incurable exigencia fisiológica de matar por matar, el persistente y perpetuo Cain trucidando á su hermano que no lo ofendía, de quien no recibía daño ninguno, de quien podía recibir amor y ayuda; el movimiento asesino que una vez comenzado empuja por sí mismo hasta la consumación del asesinato. Rodolfo, fatídico, amartilló el revólver.

Cuando los demás pretendieron intervenir, era tarde. Calló el piano, aunque Hipólito no veía los sucesos; callaron los que reían, los que cantaban, los que hablaban; cesó el baile, cesaron las caricias, las aproximaciones, los contactos, los besos... comprendiendo que algo trágico y definitivo iba á pasar. El revólver, de prisa, de prisa, con movimientos que se dirían suyos é inteligentes, se abajaba, subía, en su cañón y en su cilindro niquelados jugueteando las luces de la lámpara suspendida en el techo. Su boca negra, que parecía bostezar, complaciase en no perder á su próxima víctima; y antes de escupir la muerte escupía el espanto...de prisa, de prisa...

Demudada la víctima, con palideces funerarias, agazapábase, tropezaba con los muebles;

las manos, enloquecidas, posábanse apenas en respaldos y rebordes; el mirar fascinado, sin apartarse de aquella boca; los ojos, saltones, subiendo y abajándose á la par de ella. En el mirar, reconcentrado el amor á la vida, la súplica elocuente de que no se la troncharan; un mirar humillado y desgarrador, retratando la certidumbre, el convencimiento de que perecería.

El revólver, de prisa, de prisa, sin dar tiempo á que interviniera nadie ni nadie lo atajara. Todos pálidos, todos jadeantes. Hipólito de pie, apoyado en su piano, tratando de ver el drama, de salvarse del peligro ambiente, con sus horribles ojos blanquizeos, sus ojos sin iris, de estátua de bronce sin pátina.

Cain, erguido, ajustando la puntería para no errar el tiro. Abel, sin esperanza, agonizando sano, fuerte, joven.

De prisa, un fogonazo, otro fogonazo; de prisa, de prisa... El moribundo por el suelo, rindiendo el alma con piadosa exclamación, devolviéndola á quien la da, invocando el divino Nombre:

—¡Jesús!...

El matador, tambaleante, no quiere ver hacia el muerto; ve á los que lo rodean, estúpida ó lúcidamente, según el alcohol se le ausenta del cerebro ó dentro de él retuércese por no abandonarlo; su brazo fratricida, como arrepentido del delito, próximo á soltar el arma que bosteza y oscila, apuntando á la alfombra.

En la atmósfera, un perezoso olor á azufre, igual al que flota en las plazas cuando concluyen las verbenas populares. Los testigos, obrando de acuerdo con sus temperamentos. Pepa, sin

poder hablar ni correr, y queriendo realizar entrambas cosas; una mujer, solloza cubriéndose el rostro con la enagua; Santa, sin darse cuenta de ello, está junto á Hipólito, cogida de su mano. Las cejas del ciego, muévense desafortadamente. Genaro, asoma la cara por la puerta del patiecito y se eclipsa.

Al pronto nadie habla. Reina el estupor frente á lo irreparable; donde la muerte se presenta, todo calla!

En seguida, la indignación sobreviene; todos comienzan á mirar al matador, airados. Y el amigo del muerto, se echa encima de él; una vez y otra vez y otra vez le coloca sobre el corazón que ya no late las palmas de sus manos; y á pesar de que el corazón no responde, obstínase porque le responda el amigo, se inclina al rostro exangüe, le habla al oído:

—Benito!... Benito!...

Luego de esperar unos instantes, levanta la cara y le dice al matador, despacio:

—¿Por qué lo ha matado Ud?...

El victimario suelta el revólver, que produce un ruido pesado al caer; y los gendarmes, avisados por Genaro y por Eufrasia, entran en la sala.

Las amarillentas luces de sus linternas de aceite, van y besan el rostro del infortunado muerto, melancólicamente, piadosamente...

III

DE bote en bote estaba el 2.º salón de jurados: igual en la gradería destinada al público, que en la incómoda tribuna de la prensa. Por la puerta de entrada, por la del gabinete de deliberaciones,—que cae á la mismísima plataforma del tribunal del pueblo,—asomaban apretados racimos de curiosos aguantando magullones, codazos, corrientes de aire, incomodidad de postura y calor mal oliente de multitud apiñada. ¡Mire Ud. que había gente!

En las afueras, empinábanse arremolinados los que ya no podían penetrar en la impenetrable masa, y hasta en el brocal de la fuente del patio mirábanse individuos sentados, con la vista y el oído convertidos al salón.

A pesar de los sendos gendarmes en la reja del gabinete de deliberaciones y en la del de los testigos, rejas que dan al patio, los que no lograran entrar agolpábanse á ellas. A la del gabinete de deliberaciones, porque de ahí se percibían fragmentos de la audiencia, frases y respuestas de testigos, finales de párrafo de los discursos de los defensores y de los del ministerio público, trozos del proceso que leía el secretario con gangoso y monótono diapason de